

# EL humanismo del cristianismo primitivo, la patrística y la Edad Media

Roberto Cañas Quirós\*

## RESUMEN

Esta investigación versa sobre el concepto de “humanismo” enfocado desde diversas aristas: 1) la del cristianismo primitivo, que incorpora los ideales de la cultura griega con el modelo de Cristo y la nueva concepción de la divinidad (siglo I); 2) el de la patrística, que defiende mediante las categorías de la filosofía griega el cristianismo de sus adversarios (hasta el siglo II); 3) el último gran sistema filosófico griego representado por Plotino; 4) la formulación doctrinal de las creencias cristianas mediante la cultura griega (siglo II hasta el siglo V); y 5) el humanismo que se manifestó durante la Edad Media y el que propiciaron las Universidades medievales.

\* Licenciado en Filosofía por la Universidad de Costa Rica, y profesor en esta misma institución. Actualmente es profesor en la Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades de la UNED.

## INTRODUCCIÓN

Mi intención en este artículo es rastrear la historia del humanismo a lo largo de trece siglos, destacando los autores, los períodos y los acontecimientos más fecundos en este terreno. Por eso empezaré hablando de la nueva concepción del hombre que introduce la religión cristiana y de su encuentro y concomitancia con la cultura griega. Los factores que determinaron la forma final de la tradición cristiana, fueron configurados por un proceso de “helenización”. La influencia de la civilización griega sobre los Padres de la Iglesia primitiva, es estudiado con el propósito de entender un humanismo del que somos herederos.

Las categorías de ambos mundos en un principio no eran tan distantes entre sí. Prueba de ello es el concepto del *lógos* como tópico común para ambos contextos. Desde el comienzo del Evangelio de San Juan, se dice que en el principio era el *lógos*, el verbo, y que Dios era el *lógos*. La naturaleza de Dios es razón y palabra, y ello también remite al hombre, que, de acuerdo con la tradición helénica, es un “animal con *lógos*”. El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, es decir, existe una parte divina y perfecta de su naturaleza que se debe perseguir. Si existe adecuación entre Dios y el hombre a través del *lógos*, es porque es posible un conocimiento de la esencia divina, al habitar en el hombre lo divino.

Cicerón le dio el significado de “humanismo” (*humanitas*) a la palabra griega “cultura”, para denotar la prosecución del hombre en aras de alcanzar su auténtico ser y su verdadera forma interior. Etimológicamente *paideia* quiere decir “crianza del niño”, y con los sofistas en el siglo V a.C., el término adquiere la connotación de *cultura* en general, puesto que la educación continúa, durante toda la vida, en un incesante deseo de aprender y perfeccionarse. Con la irrupción del cristianismo la *paideia* griega enriquece el nuevo modelo de Cristo y la postulación de un culto cuya redención está prometida para *toda la humanidad*. Estas ideas fueron incorporadas con valentía por los apologistas en los dos primeros siglos de nuestra era, quienes emplearon los conceptos, categorías intelectuales y metáforas de la cultura griega para defender el cristianismo en una época en que fue muy atacado por el paganismo.

También en este estudio se destaca la importancia del neoplatonismo, que constituye el último gran sistema filosófico griego, y que sintetiza de manera original corrientes anteriores. El neoplatonismo tuvo una enorme influencia dentro de la historia del cristianismo, al ser utilizado por San Agustín como medio para formular la teología bíblica. Plotino nos plantea un elevado concepto humano, capaz de perfeccio-

narse espiritualmente y liberarse de la “materia” a fin de lograr una visión extática. Dicho en otros términos, el hombre cuenta con la potencialidad de tener una experiencia directa y unitiva con Dios.

Otros autores patrísticos que se revisan son principalmente Orígenes de Alejandría y Gregorio de Nisa, quienes llegan a las más altas síntesis entre los ideales de la *paideia* griega y el nuevo concepto del hombre y de Dios que aporta el cristianismo. Orígenes concilia doctrinas órfico-pitagóricas y neoplatónicas (caída del mundo inteligible; reencarnación; pluralidad de universos; etc.) con relación a fundamentales tesis cristianas (creación del mundo por Dios; Cristo; los ángeles rebeldes; etc.). También su sentido humanista se manifiesta con su empleo de la filología y la historia como herramientas de interpretación bíblica. Por otra parte, en el caso de Gregorio existe una elevada concepción del hombre que recibe la impronta de Cristo en su alma y cuya misión consiste en recuperar la antiquísima bondad de la naturaleza creada por Dios en un principio. La *paideia* como perfección del alma no sólo se circunscribe a esta vida, sino que continuará por toda la eternidad. El concepto de bondad cósmica y antropológica es una de las grandes tesis humanistas del Niceno.

En esta investigación se incursiona en torno al humanismo durante la Edad Media, tratando de rastrear los rasgos más sobresalientes, pero siendo claros en el declive que se produjo con respecto a épocas anteriores. Factores históricos, dogmatismos e intolerancia, significaron lastres que contribuyeron a erosionar el humanismo. No se trata tampoco de que el medioevo careciese de importantes aportes a la historia del humanismo, pero al ser un período relativamente largo en comparación con otros que hemos analizado, puede decirse que representa una disminución notoria. Sin embargo, los grandes aportes medievales al humanismo pueden localizarse con el renacimiento cultural del siglo IX durante la época de Carlomagno, la escuela de Bernardo de Chartres en Francia y Juan de Salisbury en Inglaterra en el siglo XII, y el fundamental aporte de las Universidades medievales a la expansión del saber, la investigación y la crítica autónoma.

### **El humanismo cristiano**

Desde el momento en que Cristo inicia su predicación, su doctrina aparece como un mensaje nuevo, que más tarde fue anunciado por sus discípulos, incluso en Grecia y Roma, y que se propagó velozmente durante la segunda mitad del siglo I. Este anuncio se difun-

dió principalmente a través de los Evangelios (del griego, que significa “buena nueva”, “buen mensaje” o “buena noticia”). Se trata de una revelación divina sobrenatural que hacía cambiar la idea de Dios y el concepto del hombre. Consistía en anunciar a los hombres de buena voluntad, independientemente de la raza o la clase social, el reino de Dios, por vía de una renovación espiritual mediante la justicia y el amor. A la ley del Antiguo Testamento del “ojo por ojo, diente por diente” (Éxodo, 21:24; Levítico, 24:20; Deuteronomio, 19:21), se destacan sentimientos como la fraternidad universal, la caridad y el amor incondicional al prójimo, incluso hacia el enemigo haciéndole el bien (Mateo, 22:39; Juan, 15:12-17; I Epístola de Pedro, 1:22; Lucas, 6:27-35). El amor a Dios y al prójimo se convierte en el ideal de lo que debe ser el verdadero cristiano. Existe un humanismo porque surge la idea de que la esencia misma del hombre radica en una vida conforme al espíritu, un *renacer* del hombre a través de su identificación mística con Cristo o el *lógos*, que encarnó y murió para iluminarlo y redimirlo. Ya no se trata del Dios guerrero y vengador del Antiguo Testamento, sino como lo destaca especialmente el Apóstol Juan: el vínculo que une al hombre con Dios es el amor, porque Dios es amor (I Epístola, 4:16). San Pablo en sus *Epístolas* distingue al hombre corpóreo y carnal del hom-

*bre nuevo y espiritual*, exaltando el amor o la *caridad* por encima de las otras dos virtudes cristianas fundamentales, *la fe* y la *esperanza* (I Corintios, 13:1-13). También establece que el amor es el vínculo de perfección cristiana que se desarrolla a través de la santidad, la compasión, la benignidad, la humildad, la modestia, la paciencia y el mutuo perdón. (Epístola a los Colosenses, 3:12-14).

El humanismo está presente donde existe una imagen ideal o esencial de perfección humana y en el cristianismo se revaloriza la personalidad del hombre mediante la renovación espiritual del amor, la pureza y sencillez del corazón y el servicio abnegado a los demás. Se eleva la idea de perfección moral del hombre, convirtiéndose en un deber y una obligación. También se completa el concepto de la inmortalidad del alma, su destino futuro y las recompensas o sanciones en la otra vida, ofreciendo nuevas soluciones al problema del mal y del dolor. De Dios surge su concepción trinitaria, su absoluta trascendencia sobre el mundo, sus atributos de justicia y misericordia, su providencia, sus relaciones de paternidad universal para con todos los hombres y se aclara que el origen del mundo se realiza a través de su libre creación a partir de la nada.

El cristianismo aparece en un momento de crisis o de agotamiento

del pensamiento filosófico. El Imperio romano había logrado conquistar la mayor parte del mundo y aunque trató de imitar los ideales de la cultura griega, nunca pudo plenamente comprenderlos y asimilarlos. Por eso existía la necesidad, más allá del individualismo de las religiones paganas, de encontrar un centro firme para darle un valor y significado a la *totalidad* de la humanidad. En el cristianismo la fe es la que proporciona la certidumbre de las realidades suprasensibles que caen fuera del alcance de la pura razón filosófica. El cristiano ya no es sólo ciudadano de una ciudad real, sino de la ciudad ideal (la "ciudad de Dios" como dirá más tarde San Agustín), por la cual actuaba y padecía como una patria más auténtica y verdadera. Si la *humanidad* del hombre se explica por su relación con un Dios trascendente, el ideal de lo humano no se halla en su realización plena en este mundo, sino en una vida más allá del mundo. El hombre como criatura terrena e imperfecta es semejante a la idea o esencia divina, siendo su *fin último* alcanzar la vida sobrenatural.

La "buena nueva" tenía un propósito pedagógico y humano: formar al hombre *nuevo y espiritual*, al miembro del reino de Dios. Sin embargo, durante los primeros siglos del cristianismo, al igual que en épocas anteriores, no existe un concepto de educación *universal*, a pe-

sar de que la doctrina está dirigida a toda la especie humana. Por un lado estaban la mayoría, las almas simples, ajenas a todo intelectualismo, que usualmente se formaban en las escuelas de catecúmenos, donde por dos o tres años se les enseñaba el Antiguo Testamento y la vida y predicación de Cristo según los Evangelios. Esta educación fue estrictamente religiosa; no obstante, para que se propagara el cristianismo se requería de una atmósfera no demasiado iletrada. El cristianismo durante los primeros siglos reprobaba una especial predilección por la literatura y la mitología paganas, aunque no consideraba grave la presencia de la cultura helenístico-romana. De hecho la expansión del cristianismo encontraba su fuerza en la *paideia* griega, la cual se orientó, por otro lado, a formar a los dirigentes de la Iglesia, los miembros de las clases superiores llamados “clérigos” (*clericus*), cuyo significado fue *docto*, en oposición al “laico” (*laicus*) o perteneciente al pueblo *ignorante*.

### El humanismo de los apologistas

Durante los primeros siglos de nuestra era, existe un doble proceso histórico de helenización del cristianismo y de cristianización del mundo griego. La palabra “helenismo” y “helenizar” significan originalmente “hablar en griego”, es decir,

hacer un correcto uso de la lengua griega. Esto se hace claro a partir de las conquistas de Alejandro Magno, que hace necesario para los pueblos conquistados la adopción del idioma griego, así como la inevitable introducción de formas de vida griegas que se convirtieron en una moda sobre todo fuera de la Hélade. En los tiempos de los Padres de la Iglesia, en un mundo ya cristianizado, el helenismo significó no sólo la lengua y la cultura griega, sino también el culto y la religión de los “paganos” o antiguos griegos. El asunto del lenguaje griego adquiere vital importancia, pues se introducen en el pensamiento y los escritos cristianos los conceptos de la *paideia* griega. La helenización del cristianismo llegó hasta el punto de que los ideales de la antigua *polis* griega, caracterizada por la participación de los ciudadanos en la Asamblea, se transplantó al nuevo tipo cristiano de comunidad llamado ahora “Iglesia”.

Jaeger cita la interpretación de un cristiano posterior a los apóstoles que compuso los *Hechos de Felipe*, a imitación de los *Hechos de los apóstoles* canónico, al subrayar que la visita de San Pablo a Atenas, se dio a fin de revelar la “*paideia* de Cristo”, como continuación y superación de la *paideia* griega clásica (Jaeger, 1965:24-25). También San Clemente habla de “*paideia* de Dios” y “*paideia* de Cristo” como la gran fuerza protectora en la vida

del cristiano. Los apologetas luego utilizaron el lenguaje filosófico griego para defender el cristianismo. San Justino Mártir rastrea precedentes en la cultura griega que fueron la antesala del advenimiento del cristianismo. Jenófanes y Platón criticaron el antropomorfismo de los antiguos poetas. Sócrates fue un mártir por su elevado concepto de la divinidad (Justino, Primera apología, 5:3). Los estoicos al aseverar que el principio y la causa del mundo era el *lógos* que todo lo penetra, luego tomó la forma humana de Cristo (Justino, Segunda apología, 10). Sócrates representa el modelo del justo sufriente que prelude, como algunos personajes del Antiguo Testamento, la llegada de Cristo. La interpretación de Justino se anticipa a las que se concibieron durante el Renacimiento, donde se comparaba con frecuencia la vida de Sócrates con la de Jesús. Una de las conclusiones fundamentales a la que llega Justino, como muchos de sus contemporáneos, es la de que el cristianismo es la "filosofía absoluta" (Eusebio, Hist Eccl, 4:11, 8). En el siglo II d.C., un "filósofo" era un hombre interesado en Dios, pues desde los tiempos de Aristóteles la "filosofía primera" era inseparable de la teología y, por consiguiente, ello explica el porqué la filosofía adquirió tan decisivo protagonismo en el seno de la patrística primitiva.

## El humanismo como mística en el neoplatonismo

El humanismo moderno tiende a ver la herencia griega como una cultura autosuficiente y esencialmente antropocéntrica. Sin embargo, en los primeros siglos de la era cristiana se dio un declive en su religiosidad y el cristianismo primitivo ofreció a esta cultura un novedoso concepto de hombre y de la vida humana. Los ideales culturales griegos y la fe cristiana se mezclaron, pero sobre la base de que existía un núcleo de ideas comunes. Con el paso del tiempo las partes técnicas de la filosofía se fueron haciendo cada vez más un conocimiento esotérico, posesión de unos cuantos eruditos, como Andrónico de Rodas quien clasificó las obras de Aristóteles. Esta característica también se reflejó en el platonismo del siglo II a través de la Academia, llegando a su punto culminante con el neoplatonismo del siglo III.

Plotino (pp. 204-270) es el fundador de esta corriente y sostiene para el hombre un *misticismo ascético*. Dentro de su jerarquía ontológica se encuentra el Uno, entendido como el Bien, el Ser y la Divinidad. Se identifica con la Forma del Bien de Platón. Tiene un carácter absoluto e indescriptible en los términos de la realidad que conocemos. Gra-

cias a su plenitud o sobreabundancia proceden, por *emanación*, todas las cosas. La emanación es equivalente a degradación, pues, entre más se aleja del Uno, más imperfecta se torna, como es el caso de la luz que se vuelve menos luminosa mientras más se aparta de su fuente. La primera emanación del Uno es el *intelecto* o *noûs*, que Plotino concibe como el mundo de las Ideas platónicas. El segundo grado de la emanación, como reflejo del *noûs*, es el *alma del mundo*, vivificadora y animadora de sí misma y de las almas particulares de los hombres, las cuales guardan una huella de su unidad con respecto a ella. Estas almas mantienen una posición intermedia entre el *noûs* y los cuerpos que informan. Dios, el intelecto y el alma constituyen el *mundo inteligible*. Debajo de éste se halla el *mundo sensible* que fue creado por el intelecto y que es regido por el alma. Este grado ínfimo del ser es la *materia*, elemento negativo, privado de realidad y bien, que es el último estadio de la emanación cuya cima es Dios.

El alma humana debe liberarse de la materia y remontar la escala hasta identificarse con lo Uno. Pero cuando tiene una serie de recaídas a raíz de su adherencia con la materia, no logra superar el ciclo de la reencarnación. En cambio, su camino para romper con la transmigración de las almas es mediante la práctica de la virtud, la contempla-

ción de la belleza y el ejercicio de la filosofía —el grado más alto—. No obstante, ni siquiera la filosofía puede dirigir al hombre hasta Dios, porque ella se basa en el ejercicio de la inteligencia y donde el sujeto cognoscente está siempre separado del objeto conocido, de modo que nunca se logra la unidad o fusión. La identificación del hombre con Dios sólo se alcanza por vía del *éxtasis*, del *estar fuera de sí*: despersonalizarse y liberarse enteramente de la materia, para unirse con Dios, con el Uno y convertirse en el Uno mismo. La experiencia mística es una condición que rara vez se logra y, de acuerdo con Porfirio, en los seis años que vivió junto a su maestro Plotino, éste alcanzó el éxtasis en cuatro ocasiones. La fusión del alma humana con Dios en esta vida, se describe de esta forma: “No obramos sino por el Bien; y obramos, no para que el Bien quede fuera de nosotros mismos y de nuestro alcance, sino para poseer el Bien como resultado de nuestra acción. ¿Y dónde está Él? En el alma, pues el alma, por el rodeo de la acción, viene a llegar a la contemplación” (Plotino, *Enéadas*, 3:6-6). En el sistema de Plotino, el hombre guarda una posición intermedia entre lo divino y lo animal, al inclinarse hacia uno u otro. Sin embargo, tiene una preferencia hacia lo superior, a fin de remontarse hasta lo más elevado. Por eso el hombre es una hermosa

criatura, con un destino mejor que todos los demás animales que habitan la tierra.

### **La síntesis helénico-cristiana de los alejandrinos**

Orígenes de Alejandría puede considerarse como el fundador de la *filosofía cristiana*. Clemente, su maestro, que murió a principios del siglo III, valoró de modo significativo la razón y la filosofía griegas. Establece que la filosofía es una etapa previa para llegar al saber más alto que se adquiere por medio de la fe. Orígenes (pp. 185-254) está más lleno de influencias griegas que su maestro, al recoger el gran ambiente cultural de Alejandría, e incluso combinó su teología filosófica con un estudio *filológico* de los libros sagrados. Al igual que autores como Jenófanes y Platón, que atacaron las representaciones antropomórficas de Homero y Hesíodo, Orígenes interpreta el antropologismo del carácter de Dios en el Antiguo Testamento, al distinguir entre un significado literal, uno histórico y uno espiritual de los textos. Destaca que los textos que hacen descripciones antropomórficas de la divinidad, se deben interpretar de manera alegórica, con el propósito de alcanzar un concepto de Dios puramente espiritual y trascendente. Aclara que los Apóstoles nos han transmitido las doctrinas *fundamentales* del cristia-

nismo, pero no las *accesorias*. Estas últimas y su formulación a través de la razón filosófica es la tarea del cristiano.

Orígenes fue un neoplatónico cristiano al identificar a Dios con la Idea del Bien. Sin embargo, se separa de esta corriente al tener en él una significación especial la doctrina de la *creación*, que interpreta la aparición del universo a partir *de la nada (ex nihilo)*, por un acto libre de la voluntad divina. En el neoplatonismo el universo no es el resultado de una creación, sino, más bien, de la emanación del Uno. Orígenes mezcla la cuestión del *lógos* o Hijo, que es la imagen de la bondad de Dios, pero no es el Bien en sí y que, a su vez, depende de la voluntad de éste. La creación cósmica se explica por la caída o degeneración de las sustancias intelectuales que forman parte del *mundo inteligible*. Esta caída se originó por el mal uso del libre albedrío de dichas sustancias, al sublevarse contra Dios. La consecuencia fue que, de ser *inteligencias* pasaron a ser *almas*, aptas para infundir vida en un cuerpo. Con ello incorpora la teoría de la transmigración de las almas, que proviene de los órfico-pitagóricos, pasa por Platón y luego es asumida por los neoplatónicos. En Orígenes la misión de las almas encarnadas se traduce en recobrar la antiquísima condición de inteligencias y retornar al mundo inteligible. Pero

esta vuelta al origen se lleva a cabo mediante una larga expiación y sufrimientos, que las almas padecen en un número indeterminado de universos, que se suceden el uno al otro hasta que las almas se purifican y pueden ser restituidas a su condición original. Al final de los tiempos serán “restituidas todas las cosas” –las almas humanas e incluso Satanás y su séquito– hasta volver a Dios.

### El humanismo de San Gregorio de Nisa

El humanismo entendido como síntesis entre la *paideia* griega y la fe cristiana, llegó a un alto grado de desarrollo con Orígenes, quien también hizo uso de fuentes de la literatura clásica, le otorgó una significativa importancia a la historia y realizó un empleo escrupuloso de la filología para comentar los textos bíblicos. Sin embargo, con San Gregorio de Nisa se comprenden aspectos medulares del verdadero significado de la *paideia* griega. A sus ojos la educación es un proceso formativo de la personalidad concebida como *morphosis*, en cuyo concepto se refleja la raíz misma de lo que llamamos “humanismo”. El ideal pedagógico cristiano reposa sobre la *paideia* (o *morphosis* del hombre) en el sentido de la naturaleza plástica del alma, en donde se esculpen en ella “formas” que la

embellecen y desarrollan su personalidad. Se trata de la metáfora del crecimiento gradual del ser espiritual humano y su analogía con la naturaleza física del hombre; sin embargo, la nutrición del alma es diferente a la del cuerpo al requerir un cuidado constante. Siendo la educación un proceso de moldeamiento o formación, el objeto de aprendizaje tiene la función de molde que le da la forma al sujeto. El molde de la *paideia* griega primitiva fueron los héroes de Homero. Luego los sofistas añadieron las “artes liberales” y Platón concibió la filosofía como la *paideia* superior. Para San Gregorio la *paideia* cristiana es la Biblia y su molde es Cristo. En ello se resumen los ideales más altos de la vida humana y Cristo es la imagen ideal o el gran paradigma del hombre. La *paideia* del cristiano es la *imitatio Christi*, cuya *morphosis* se plasma cuando Cristo toma forma en él. El Espíritu Santo se convierte en una fuerza educadora que habla a través de los seres humanos y los conduce a la adquisición de las virtudes. El perfeccionamiento humano es posible por la ayuda y la gracia divina, concebida como la cooperación del Espíritu Santo con el esfuerzo humano. San Gregorio no le menoscaba potencialidad a lo humano –y en ello radica su humanismo– para su desarrollo espiritual, intelectual y moral. Incluso considera que el auxilio divino se incrementa en proporción al esfuer-

zo humano. Con ello se aparta de teólogos posteriores como San Agustín y Martín Lutero, quienes disminuyen el ser de la criatura cuyos logros obedecen exclusivamente a Dios.

Gregorio toma la idea que Platón había manifestado en el mito de Er, de que la *paideia* no termina en esta vida sino que continúa en la siguiente. También lo hace con respecto a las castigos en el mundo futuro que, a su vez, conforman parte de los dogmas cristianos. Para el Niceno la *paideia* cristiana estriba en la catarsis o purificación espiritual, al proyectarse a dimensiones cósmicas, hasta la restauración final del estado perfecto de la creación divina original. Teoría que tomó prestada de Orígenes y que refleja la creencia de la bondad esencial del hombre y de todo el universo, creado bueno en un principio por Dios. Para San Gregorio el cristianismo no es únicamente un conjunto de dogmas, sino esencialmente una contemplación de Dios y una unión cada vez más perfecta con Él. Considera que la religión de Cristo es una forma de vida, a la que denomina “vida filosófica”, entendida de acuerdo con un género de vida ascética que era propia de la élite intelectual de la época, que seguía ideales monásticos.

## El humanismo en la Edad Media

Una vez que el cristianismo se consolida como religión oficial del Imperio romano en el año 325 y los Padres de la Iglesia elaboran la formulación doctrinal del cristianismo conocida con el nombre de *patrística* (del siglo I a la primera mitad del siglo VIII), significan hechos que cimentarán los pilares de la cultura medieval. Sin embargo, resulta notorio que existen mayores fuentes humanistas en el cristianismo primitivo y en los autores patrísticos, que en las trasplantaciones latinas medievales. No obstante, la influencia del antiguo humanismo cristiano y los estudios clásicos, sobrevivieron gracias al esfuerzo del medioevo. La expresión “Edad Media”, acuñada por los humanistas-renacentistas, designa un período de mil años, poco más o menos, comprendido entre la caída definitiva del Imperio romano de Occidente (476) y el Renacimiento, considerando a éste como el principio de la Edad Moderna.

La cultura medieval sufre un desequilibrio al concentrarse principalmente en los aspectos espirituales del hombre ignorando o pasando por alto los terrenales, materiales o prácticos. Disciplinas como la medicina y la arquitectura añadidas por el romano Varrón a las “artes liberales”, carecieron de importancia

al referirse al mundo exterior y no propiamente al alma. La investigación científica al indagar el mundo exterior tuvo poca o ninguna relevancia. Hacia finales del siglo IV d.C., la filosofía griega en lugar de ocupar el primer puesto en el campo de la cultura y la educación, el cristianismo la puso a su servicio y con el paso del tiempo fue decayendo su importancia. La formación medieval desprecia lo mundano y centra su atención en la meditación interior, en la confesión y la relación íntima con Dios. Cabe señalar todo un período de descomposición cultural en donde los pueblos “bárbaros” rompen una relativa continuidad de la cultura clásica con los siglos sucesivos. Después de estas invasiones la cultura quedó circunscrita al monopolio de la Iglesia cuyos pilares fundamentales fueron los monasterios, cuyas bibliotecas propiciaron la conservación de cultura antigua, la elaboración de una cultura propia y la organización de escuelas, principalmente catedralicias, que a la postre desembocarán en la formación de las Universidades.

Los autores humanistas emiten criterios desfavorables sobre la Edad Media, considerándola como una página en blanco para la historia del humanismo, pues la cultura y la creatividad fueron restringidas por una determinada concepción religiosa. Al concluir la antigüedad, el

medievo abre paso a una época *teocéntrica*, edificada por el cristianismo y consolidada ideológica y políticamente por la Iglesia. Dios y la jerarquía eclesiástica conforman la estructura que domina hasta los más íntimos pensamientos de las personas. El medievo concibió al hombre como “un intermedio entre la nada y Dios” (*medium quid inter nihilum et Deum*), acentuando su carácter creado y su ser recibido (*ab alium*). La visión del hombre queda enmarcada dentro de los dogmas de fe y no de una libre reflexión. Esto ocasionó un desprecio por el cultivo de una razón independiente y la curiosidad científica. San Agustín afirma que para conocer la verdad hay que entrar en uno mismo, hay que interiorizarse. Esto conlleva, que lo peor que puede hacer el hombre para conocer es observar pormenorizadamente las cosas del mundo, porque la verdad no reside en las cosas, sino en Dios, y a Dios lo encuentra el hombre en sí mismo.

Las creaciones medievales no responden a la satisfacción de los valores específicamente humanos, sino que están hechos en función de la divinidad y la Iglesia. El hombre del medievo es incapaz de cuestionar el orden vigente, tan sólo debe someterse a los mandatos que le prometen la libertad y la felicidad después de la muerte. También los humanistas consideraron que la Edad Media careció del

valor y de la dignidad de la persona humana y de su desarrollo político-social, los cuales son condiciones básicas para hablar de un genuino humanismo. Fraile y Huizinga sostienen un punto de vista contrario al de los humanistas-renacentistas sobre la infravaloración de la Edad Media, al indicar que la Edad Media no ignoró en modo alguno la cultura clásica y prueba de ello es el *renacimiento carolingio* del siglo IX y la revolución intelectual basada en moldes clásicos, que tuvo lugar en Francia en el siglo XII (Fraile, 1960: 10-31; Huizinga, 1977:76).

Un asomo del humanismo medieval puede encontrarse en el siglo XII a partir de Bernardo de Chartres y su escuela, quienes cultivan los estudios científicos y literarios. Es una escuela ecléctica que mezcla el platonismo, el estoicismo, el aristotelismo y el cristianismo. Cultivaron el trivio y el cuadrivio, disciplinas como la medicina y los estudios clásicos. Le dieron especialmente una gran importancia a la gramática y a la lógica, las cuales junto con la metafísica, son como en Aristóteles los instrumentos indispensables o los conocimientos “generales” que suministran sus principios, sus nociones y sus métodos a todas las demás ciencias particulares.

También en el inglés Juan de Salisbury (1110/1120 – 1180) se aprecia un interés por cultivar los estudios clásicos, aunque siempre en un sentido

cristiano. Su humanismo radica en el hecho de que la fe no impide estimar los valores de la literatura y la filosofía paganas. Considera que la virtud se alcanza practicando la filosofía, la cual se identifica con el amor a Dios. En el orden del saber, las artes prácticas y mecánicas, deben subordinarse a la filosofía (*theoria*). El orden pedagógico se debe iniciar con las “artes liberales”, primero la gramática y después la retórica. Todo esto es una preparación para la filosofía, cuyas tres partes son: 1) la lógica, como ciencia previa e instrumento que ejercita el arte de pensar y ordenar los conceptos, pero que resulta inútil y hasta perjudicial, si no se completa con el estudio de las demás ramas de la ciencia; 2) la dialéctica, o el arte de debatir con argumentos, a la que sigue después la *física* como indagación de la naturaleza de las cosas; y 3) la ética, la que atiende la honestidad y la obediencia a las leyes. Por encima de todas estas ciencias está la teología, que es la ciencia suprema y a la que deben subordinarse todas las demás. El conocimiento de la Sagrada Escritura puede adornarse con las formas literarias clásicas, lográndose un tipo de ciencia más verdadera que la de los antiguos.

### **Las artes liberales en las universidades medievales**

El florecimiento de la cultura medieval puede encontrarse a partir

del siglo XIII con el desarrollo de la Universidad. Su organización con cursos regulares, maestros y discípulos, programas fijos y grados académicos, marca una diferencia significativa con respecto a los centros antiguos de enseñanza superior como la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles, El Pórtico pintado de los estoicos, El Jardín de Epicuro o el Museo de Alejandría. La palabra *universitas* se refería en el medioevo a toda *comunidad* organizada para cualquier fin, en donde los profesores se protegían de las injerencias políticas y los estudiantes de los profesores, conformándose a la postre la Universidad como institución autónoma. Este desarrollo paulatino provocó que se establecieran las cuatro Facultades: Artes, Derecho, Medicina y Teología. La de Medicina tuvo poca importancia en el siglo XIII. En la de Derecho sólo se impartía el canónico y no el romano. La de Artes era preparatoria para todas las demás. En ella se cursaba el trivio y el cuadrivio, como disciplinas propedéuticas para los demás estudios superiores y más tarde se convertirá en la Facultad de Filosofía. La Facultad más importante fue la de Teología, con la agravante de que las “artes liberales” se asumiesen como estudios meramente transitorios. No se trata de *descubrir* la verdad, que ya está dada en la revelación, sino sólo de *entenderla*. Para eso se echa mano de la filosofía griega como un medio: la filosofía es la

esclava de la teología (*ancilla theologiae*). La finalidad de la filosofía en ese entonces consistía en procurar un mejor entendimiento de la fe y a ello se le denominó *escolástica*. Ésta designa la filosofía cristiana de la Edad Media. El término latino *schola* deriva del griego, que significa *ocio*. Implica el concepto de que el estudio pertenece a las personas libres de ocupaciones materiales y que pueden ocupar su tiempo en el cultivo de las ciencias. En los primeros siglos medievales el *scholasticus* era el que enseñaba las “artes liberales” y posteriormente fue el profesor de filosofía o teología, cuyo título era *magister* y que dictaba sus lecciones en la escuela del claustro, la catedral y luego en la Universidad (*studium generale*).

Las Universidades más antiguas fueron las de Bolonia, París, Oxford y Cambridge, y ya a finales del siglo XV había en Europa más de 75. En ellas se siguió cristalizando la actividad científica e intelectual en general, siendo sólo hasta en época muy reciente, y por efecto de la revolución industrial, que tales actividades empezaron a coexistir fuera de la vida universitaria. La autonomía que fuera la razón de ser de las antiguas Universidades, fue lo que consolidó la independencia de pensamiento, de crítica y de investigación que son factores indispensables para la creación artística y científica que son la fuente de todo humanismo.

Haber analizado lo más representativo del humanismo cristiano durante trece siglos, significa redescubrir temas medulares de nuestra cultura occidental, los cuales, paradójicamente, han sido muy poco difundidos y abordados por unos pocos eruditos. Resulta significativo subrayar que el conocimiento y la vigencia de una serie de concepciones humanistas, que se originaron con la síntesis del cristianismo y la *paideia* griega, siguen siendo parte del hombre cristiano y culto de hoy. Por eso se reconoce la gran importancia de los aportes del cristianismo primitivo y los primeros padres de la Iglesia, en la búsqueda de una auténtica espiritualidad en conjunción con una formación integral. Este período relativamente corto, que se inicia con el mensaje de Cristo y que se extiende hasta Gregorio de Nisa, representa el Edén del humanismo cristiano; mientras que San Agustín y el medioevo, representan la caída del humanismo, a pesar de algunos brotes aislados que ya se han comentado. La pureza en el pensar y en el actuar del cristianismo primitivo y los primeros padres de la Iglesia, así como sus concepciones de Dios, del hombre y de la cultura, suscita una añoranza hacia esa época, en donde la religión todavía no estaba politizada. Ello hace producir un *retroceso humanístico* que va de San Agustín

(considerado como el mayor padre de la Iglesia), hasta finales de la Edad Media. En todo caso, destaco la urgente necesidad de recuperar la enorme riqueza que representa practicar lo más selecto de los ideales de la cultura griega, en conjunción con el Cristo que moldea el espíritu de cada uno de nosotros.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, N. y Visalberghi, A., 1995, *Historia de la pedagogía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dussel, Enrique, 1969, *El humanismo semita*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Fraile, Guillermo, 1960, *Historia de la filosofía*, vol. II. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Huizinga, J., 1977, *El concepto de la historia y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jaeger, Werner, 1965, *Cristianismo primitivo y paideia griega*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maritain, Jacques, *Humanismo integral*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé, 1966.
- Plotino, 1960, *Enéadas*, 6 vols. Trad. José Antonio Miguez. Madrid: Editorial Aguilar.
- Quasten, Johannes, 1995, *Patrología*, 3 vols. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Tagle, Armando, 1946, *El desarrollo humanista de la historia*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Toffarin, Giuseppe, 1953, *Historia del Humanismo desde el siglo XIII*. Buenos Aires: Editorial Nova.